

por que hemos visto en este género en Granada. Los seis cuadros que adornan las decoraciones de las paredes son todos de una mano. Las estatuas del tamaño natural que ocupan los cuatro ángulos son de José de Mora y confirman su fundada reputación. — La Sacristía es una pieza espaciosa y de las más ricas que pueden verse; pero más irregular en sus adornos que la iglesia misma. Las puertas menos labradas son como las ya descritas en el coro. Están muy prodigados en el pavimento y en el retablo los mármoles de Lanjaron, de Málaga, Loja y Macael. En el nicho principal del altar hay una estatua de San Bruno de José de Mora. Hace pocos meses (año 1846) que fueron robadas cuatro magníficas cabezas de santos de la orden y entre ellas una de Zurbaran, que eran la admiración de todos; y solo quedan algunas preciosidades: una Concepción en cobre de media vara sobre la primera cajonera de la derecha que según algunos es de Bartolomé Esteban Murillo, aunque no lo sostendremos nosotros; y un Señor de la espiración en frente y de igual tamaño también en cobre que pasa por de Cano, unos relieves góticos, santa Rosalina y la Beata Margarita de Dion sobre las alacenas colaterales á la puerta de buena mano; una Dolorosa y un Eccehomo que atribuyen sin fundamento al divino Morales y varios cuadros muy medianos que representan escenas de la vida de J. C. de Fray Francisco Morales. Las cajoneras y las puertas de las alacenas son de concha, nacar y ébano con primorosos embutidos figurando flores y lazos, los tiradores de plata. »

Hasta aquí Serrano.

Ahora solo nos falta que decir una cosa. Acaso crea el lector que en este magnífico edificio, gozando de una situación bellísima é inmejorable y con abundantes raudales de agua, se ha establecido un hospital para convalecientes ó sirve para algún objeto de pública utilidad. Si tal ha creído, preciso es que se desengañe. Escepto la iglesia que es hoy parroquia rural, y una pequeña parte del monasterio llamada el claustillo, todo lo demás ha sido derruido para — vergüenza causa el decirlo! — para aprovechar los materiales.

En efecto, en 1842 su propietario, poco amante por lo visto de las artes, demolió casi toda la parte gótica del edificio y hubiera continuado su obra de devastación á no ser por un real decreto que espresamente lo prohibió. Por pronto sin embargo que este llegase, ya habían perecido muchos frescos del claustro, obra de Cotán, y con ellos la maravillosa cruz de que hemos hablado. Pérdida fué que eternamente tendrán que lamentar las artes.

III.

EL SACRISTAN DEL ALBAICIN.

VA anexa á la Cartuja de Granada, una tradición que aquí hemos de contar por lo original y por lo rara, aun cuando ya sobre ella haya escrito el citado Jimenez Serrano con mayor extensión y enlace diverso una curiosa novelita ó cuento que con el título de la *Virgen del clavel* publicó en un periódico literario.

Vamos pues al caso.

Era á principios del siglo XVI, cuando poco á poco los cristianos iban doblegando á su poderío el carácter rebelde de los moriscos granadinos, que mal se avenían á ser esclavos en la tierra en que un día habían sido señores. Los palacios y las casas de Granada veían desaparecer sus bellos adornos orientales, las mezquitas se tornaban en templos al bendecirlas los sacerdotes de un Dios de paz y de justicia, la ciudad entera se rejuvenecía y cobraba nueva vida bajo el manto protector de nuevos príncipes y á la sombra bienhechora de nueva religión.

Existía por entonces ó se construyó en aquella misma época una parroquia llamada de San Cristóbal y en ella había un sacristan como pocos, un mozo que mejor había nacido para el colete de ante que para la sotana, y que pudiera acaso haber manejado mejor la espada que el hisopo.

Juan — así se llamaba el mancebo — era de una desenvoltura sin igual, travieso hasta dejárselo de sobra, pendenciero como él solo, buscaruidos como ninguno, charlatan como nadie. Tenía á más otras circunstancias; re-

quebraba á las doncellas, adulaba á las viejas, cantaba coplas de alma al son de la guitarra, era bebedor por escelencia y jugador por costumbre. Su fama se extendia por todo el Albaicin; respetábanle los jaques, temíanle los humildes, gruñíanle los maridos, maldecíanle las madres y sonreíanle las hijas.

Tal era el sacristan de San Cristóbal á quien profesaba el cura singular afecto por ser hijo de una su antigua criada, y de continuo le amonestaba para que dejase su carrera de perdicion, conteniendo no pocas veces sus arranques en bodas y bautizos, pero nada podia la seriedad del buen eclesiástico cuando Juan, sobrado de franqueza, contestaba á sus sermones con una chuscada ó con un cómico dicharacho. Todos los deseos de reprimenda en el cura hacian entonces lugar á la risa provocada por las habladurías del travieso sacristan.

Esto no obstante, nuestro jóven pagaba al ministro del Señor con igual afecto, atendia sus palabras y se hacia cargo de sus razones. He ahí porque siempre prometia la enmienda y siempre con firme propósito de cumplir su promesa se retiraba á sus obligaciones, pero cada vez que veia relucir unos ojos negros á través de una mantilla ó de un manto, ó pasaba por ante la puerta de una taberna, ó le invitaba un amigo á una partida, la tentacion era tan poderosa que el sacristan se dejaba prender, haciendo firme propósito de no volver á pecar. Y así siempre.

El cura seguia pidiendo por él al Señor y el sacristan endureciéndose cada dia mas con el pecado. Así estaban las cosas cuando sucedió lo que á contar vamos.

Juan tenia observado que el cura, siempre comunicativo con él, se alejaba diariamente á cierta hora permaneciendo ausente buen rato, sin decir á donde iba y aun mas, teniendo prohibido al sacristan acompañarle. El travieso mozo encontró en esta circunstancia objeto para sus cavilaciones y estas fueron tales que le condujeron cierta mañana á seguir al cura de lejos y recatándose para no ser visto.

El eclesiástico entró en una casa de árabe apariencia que habia no lejos de la iglesia de San Cristóbal. Tomó informes, averiguó, indagó y supo por fin que era la casa aquella morada de una jóven morisca de extraordinaria hermosura, huérfana y puesta bajo el amparo del párroco, que iba cada dia á enseñarla los dogmas cristianos por mandato especial del arzobispo.

Fácil le fué comprender entonces el porque el cura huía de que á su

lección cotidiana le acompañara el aturdido sacristan. Temia sin duda la travesura del mozo y no debian inspirarle mucha confianza los solos diez y seis abriles de la doncella.

—Ola! ola!— se dijo el taimado mozalvete. — Se huye de mí, se teme, señal es que valgo. Yo veré á la morisca.

Este deseo de ver á la jóven fué arraigándose y creciendo en él á medida que á sus informes se iba contestando que era un portento de hermosura, que era un prodigio de belleza y que no tenia igual su gracejo para los cantos y danzas orientales. Todo esto hablaba muy alto en el corazón de nuestro mozo, así es que era de ver como espiaba de dia la casa buscando un medio para colocarse en ella, y como la rondaba de noche embozado hasta los ojos en su larga y ancha capa.

Una tarde, despues de haber salido el cura, el atrevido Juan, decidido á no esperar ya mas, finjió un pretesto, se presentó en la casa, engañó con socarrona hipocresía á la dueña y penetró en la estancia de la cándida jóven.

Como se las compuso no lo sabe la crónica, pero lo cierto es que el sacristan se salió de la casa muy satisfecho al cabo de buen rato, habiendo prometido á la morisca volver á visitarla y habiendo á ello accedido la incauta doncella.

Virgen á las impresiones del amor, con sangre africana en sus venas y sola, huérfana, sin apoyo en el mundo, Amina, que así se llamaba, no habia nunca salido del recinto de su casa, no habia nunca pisado las tortuosas calles de la ciudad de sus mayores, ni habia jamás visto mas campo ni tierras que el jardin donde estaban sus hermosas flores y sus estanques llenos de pintados peces. Tierna, inocente, cándida, la pobre criatura no tuvo bien pronto mas pensamientos, ni mas deseos que los que supo inspirarle el travieso sacristan que de dia la tenia absorta hablándola de amores y de noche embelesada cantándola coplas bajo su ventana.

Juan, por su parte, habia modificado sus costumbres, con estrañeza del cura, con admiracion de las mugeres del barrio y con escándalo de todos sus antiguos amigos. Ya no les hacia arrumacos á las muchachas, ni terciaba con las casadas, ni jugaba, ni bebia, ni juraba apenas. Era la suya una verdadera conversion.

El amor de Amina habia obrado aquel milagro.

Entretanto, las relaciones de los jóvenes continuaban sin que el cura lo hubiese sospechado y —cosa verdaderamente singular!— sin que lo hubiesen oido las chismosas comadres del barrio.

Una tarde á eso del anochecer se encontró el sacristan de manos á boca, precisamente en la puerta de una taberna, teatro de sus antiguas locuras, con un muy amigote y camarada suyo de otro tiempo, hombre de pelo en pecho, mal carado y perdonavidas, á quien no habia visto en todo un año por haberse ausentado por esta temporada del pais.

Miráronse un breve instante los dos compañeros y no tardaron en reconocerse.

— Juan! — exclamó el primero el mal carado.

— Relámpago! — contestó el mozo aplicándole el mote con que era conocido entre la gente de vivir airado por la rapidez con que sabia tomar la del rey huyendo de la ronda, siempre que esta le perseguia por alguna fechoría.

— Dame esos brazos, Juanico de mi alma, y déjame apretar contra mi corazon á un antiguo camarada. Por vida de! — prosiguió ahogando casi el jóven entre sus nervudos brazos — Sabes que te has puesto guapo, Juan, y que eres todo un buen mozo! Todavía repicas las campanas? Aun no has colgado la sotana de la puerta de la iglesia y te has ido por ahí á vivir como Dios manda?

— Y tú, — contestóle el mozo — qué te has hecho por esos mundos?

— Historia es la mia larga de contar, pero si quieres, entrémonos en esta honrada casa á apurar un jarro de moscatel y héte de decir cosas que de risa te harán saltar lágrimas como puños.

Y el perdonavidas hizo ademán de entrarse en la taberna.

— Perdóname, Relámpago, pero estoy de prisa.

— Que si quieres! Cómo de prisa! Pues no faltaba mas que rehusases la invitacion de un amigo! No señor, entre voacé á apurar un vaso de lo bueno y deje la prisa para cuando esté mas despacio. Lo primero es lo primero.

— Pero, Relámpago....

— Nada, nada, ó acepta voacé mi convite ó reñimos.

Y cojiendo al jóven por el brazo le hizo entrar á viva fuerza en una sala baja y ahumada donde estaban reunidos hasta una docena y media de bravos bebiendo y hablando desaforadamente junto á unas mesas largas que sostenian algunos cacharros de grosero barro y unos vasos de laton y madera.

Esperaba al sacristan su amada Amina, pero no tuvo mas recurso que seguir á Relámpago y sentarse con él á una mesa para beber á su encuentro y renovar entre vaso y vaso su antiguo compañerismo. Trájoles el tabernero vino

superior é invitó Relámpago á Juan á que hiciera honor á su convite. De bien mala gana y con ceño apuró nuestro mozo el primer vaso oyendo las sandeces de su compañero que sus aventuras le contaba, pero poco á poco, á fuerza de libaciones y de risotadas que en él promovian las hazañas de Relámpago, empezó á ponerse de buen humor y mas comunicativo, hasta llegar, allá sobre el quinto vaso, al punto de ser lo que mucho tiempo hacia no era: un charlatan y un bebedor á todo trance.

Mas de hora y media duró la conversacion entre los dos camaradas. Juan se habia puesto algo alegrillo de cascos y juraba ya y echaba ternos como si jamás hubiese dejado de hacerlo. Sin embargo, habia todavía cierta reserva en él que llamó la atencion de su amigo.

— Pero, francamente, Juanico, — le decia de vez en cuando el mal carado. — Se me imagina que tú no eres el que antes. Tienes penas, lo conozco, y no me las comunicas cuando sabes que ahí tienes á un hombre y á un amigo. Dime, te ha ofendido alguien? Necesitas vengar algun agravio? Dímelo, sacristan, y aquí estoy yo para todo.

— Es una necedad tuya. Nunca he estado tan contento ni mas satisfecho.

— Apostaria á que te duele el corazon! — dijo con un guiño significativo y una estravagante sonrisa Relámpago.

— Algo hay de ello, — contestó Juan con socarronería.

— Eh! no decia yo! Y vamos á ver, cuenta, cuéntame! Quién es la que te roba la calma?

— Una niña como un sol.

— Esto por supuesto. Todas las amadas son soles para sus amantes.

Dado el primer paso, poco cuesta dar el segundo. El sacristan á quien el vino habia puesto de buen humor fué, de palabra en palabra, de frase en frase, de capítulo en capítulo, contándole la historia de sus amores, que su compañero oyó con calma y con seriedad. Cuando hubo terminado, Relámpago bebió un vaso de vino, pasóse la mano por los labios y clavando sus codos en la mesa y colocando su cabeza entre las manos, dijo, mirando de hito en hito al mozo:

— Amigo sacristan, eres un necio!

— Cómo?

— Lo dicho. Te desespera esa muger porque amándote no te recibe nunca á solas?

— Es natural.

— Te enfada porque siempre la has de ver acompañada de la vieja que allí tienen en clase de dueña el señor arzobispo y el cura de tu parroquia?

— Es claro.

— Te incomoda el que no puedas conseguir de ella una cita?

— Es justo.

— Pues bien, róbala.

— Cómo?

— Robándola.

— Pero cómo?

— Nada mas fácil. Aguardas hoy mismo á que esté la gente retirada, á que suenen las doce, tomas una escalera que te alquilará el tabernero, te ciñes una espada, la mia por ejemplo, que baste á protegerte, te vas á su casa, aplicas la escalera á su ventana, haces saltar la celosía, te introduces, la cojes en tus brazos, vuelves á salir con ella y buenas noches.

— Pero, y si grita?

— Que tonto eres! Una muger no grita nunca cuando la roba su amante. El sacristan se quedó caviloso, y bebió tres ó cuatro vasos uno tras otro como para dar mayor lucidez á su mente.

— No me parece mal pensado! — dijo por fin.

Y siguió bebiendo.

Así se fué pasando la velada. Cuando hacia ya largo rato que habia dado media noche, Juan, que habia colmadamente bebido, ciñóse la espada de ganchos de su compañero, tiróse al hombro una larga escalera que le prestó el dueño de la taberna y despidióse cordialmente de Relámpago á quien dijo, tambaleándose y balbuceando:

— Voy á ser feliz!

— Buena suerte! — le contestó su camarada que aun se quedó en la taberna mano á mano con su cacharro de moscatel.

El sacristan salió dando traspiés y se dirigió á tientas y tropezando hácia la casa de la morisca.

La noche era oscura como boca de lobo, las tinieblas se hacian palpables, el viento silvaba sordamente sumerjiéndose por las tortuosas calles de Granada y aspirábase en sus ráfagas la proximidad de la tempestad. De cuando en cuando, rayos como serpientes de fuego cruzaban por entre las tinieblas y Juan los esperaba ansioso porque servian para alumbrarle en su camino, pero era tan grande la oscuridad y tan espeso el manto de tinieblas, que ni aun con el fulgor de los relámpagos podia dar el mancebo con su ruta.

Llegó por fin á la puerta de casa Amina, despues de haberse perdido cien veces y de haber tardado una hora en el camino que en otra ocasion hubiera empleado seis minutos.

Juan aplicó la escalera á la ventana que le indicó la luz de un relámpago. En seguida dispúsose á subir, pero en aquel momento sintió un fuerte dolor en su cabeza como si se la barrenáran con un hierro encendido, y cerrando sus párpados un instante para dejar pasar aquel agudo dolor, descansó su frente en uno de los peldaños de la escalera, mientras que una completa flojedad y decaimiento recorria todos sus miembros.....

Sintió al poco rato, sin acabar de darse cuenta de ello, que subia la escalera y llegaba hasta la ventana sobre la cual se corria la árabe celosía. Tiró el jóven de ella arrancándola con fuerte puño de sus goznes, y por en medio de las macetas de flores escojidas que despedian suaves emanaciones pudo contemplar una estancia tibiamente iluminada y puesta segun el gusto oriental.

El corazon del osado mancebo palpitó á impulsos de una emocion casi desconocida cuando vió á su jóven amada medio tendida sobre ricos almohadones y oprimiendo con el leve peso de su gracioso cuerpo la bordada seda de los árabes cojines. De un salto salvó la distancia que de ella la separaba. Púsose Amina en pié precipitadamente y al ver á un hombre á su lado, dió un chillido y corrió hácia la puerta. Pero Juan logró detenerla por el vestido, clamando:

— Amina, amor mio, soy yo, yo, tu amante, que vengo para morir de amor á tus piés.

Tranquilizada Amina con aquellas palabras para pronunciar las cuales habia el mancebo buscado su voz mas dulce y penetrante, volvió la cabeza y sonrió á su amante. Juan se acordó entonces de las reflexiones de Relámpago.

— Huyamos, alma mia, — dijole el jóven — huyamos á buscar un sitio donde eternamente podamos amarnos, eternamente gozando de las primicias del amor mas puro.

El sacristan dijo aun muchas mas palabras, con una verbosidad y una dulzura tal, que no comprendia en verdad como se le agolpaban á los labios en tan fluyente raudal. Acabó por fin ciñendo con el brazo el talle de Amina y arrastrándola hácia la ventana, dejándose la jóven llevar como fascinada, como si no pudiera resistirle.

El descenso por la escalera fué fácil. Los dos amantes se hallaron en la